

Dinámicas vinculares en el narcisismo: una perspectiva relacional

Bonding dynamics in narcissism: a relational view

Jacqueline Karen Andrea Serra Undurraga
Universidad de Chile, Chile

Resumen. En este trabajo vamos a profundizar en las formas de relacionarse que hacen posible que exista un funcionamiento narcisista y que este se mantenga en el tiempo. Para esto nos situaremos desde una perspectiva relacional psicoanalítica. Esto implica una visión crítica hacia otras perspectivas del narcisismo que enfatizan factores constitucionales y pulsionales. En contraste con estas visiones, expondré algunas dinámicas vinculares que se entienden en la base de la personalidad narcisista, estas son: el déficit en la función de espejamiento, el abuso de poder con humillación rechazando los aspectos necesitados y vulnerables, y la idealización de algún aspecto que sirve de sustento narcisístico para la figura cuidadora. Por otro lado, cuando ya está cristalizado el narcisismo, podemos describir que las formas de relacionarse, con otros y consigo mismo, se caracterizan por la utilización y la subyugación. Todas estas dinámicas relacionales serán ilustradas a través de un caso clínico. *Palabras claves:* narcisismo, personalidad narcisista, psicoanálisis relacional, utilización, subyugación, espejamiento, psicoanálisis intersubjetivo.

Abstract. In the present work we are going to deepen into the ways of relating that make the emergence of a time-lasting narcissistic personality possible, and we are going to do it from the relational psychoanalysis perspective. This implies a critical view of other perspectives that emphasize constitution and drives as main factors. In contrast with these views, I will present some relational dynamics that are supposed to be at the foundations of the narcissistic personality: a deficit in the mirroring function, the abuse of power including humiliation and rejection of the person's needs and vulnerabilities, and the idealization of a characteristic of the child that serves as narcissistic support for the caretaker. On the other hand, once narcissism has crystallized, the ways of relating with others and with oneself are characterized by utilization of others and subjugation. All these relational dynamics are going to be illustrated by a clinical case.

Keywords: narcissism, narcissistic personality, relational psychoanalysis, utilization, subjugation, mirroring, intersubjective psychoanalysis.

La correspondencia sobre este artículo debe enviarse a la autora al e-mail: jkserra@uc.cl

Una perspectiva relacional acerca del narcisismo

El narcisismo es un concepto central en psicología, que ha atravesado por distintas conceptualizaciones. Como se esboza en el título de este artículo, en este trabajo abogaré por comprender las dinámicas vinculares que se entienden a la base de un funcionamiento narcisista¹, esto refleja mi perspectiva relacional como marco teórico para acercarme a este fenómeno.

Sin embargo, las relaciones con otros no siempre se tomaron en cuenta para comprender al narcisismo. Al comienzo, con Freud (1914/1980) se concibe al narcisismo como la retirada de las relaciones objetales. El narcisismo primario daría cuenta de la primera investidura libidinal que vendría a ser del propio yo. Luego, las investiduras se dirigirían hacia los objetos. En el narcisismo secundario, las investiduras se retiran de los objetos y se redirigen hacia el propio yo. Como se ve, en esta conceptualización, el narcisismo tiene que ver, básicamente, con un rechazo indiferente hacia los objetos. De hecho, en la elección narcisista de objeto, a diferencia de la elección por apuntalamiento, típica de las neurosis tradicionales, se busca en el otro al propio yo: lo que uno fue o querría ser.

Con Klein (1952/1988, Castellà, 2004) este panorama comienza a cambiar, al establecer que hay relaciones objetales desde el comienzo. Con esto no se concibe que haya una etapa previa a las relaciones objetales, por tanto el narcisismo sería contemporáneo a la primera relación de objeto. De esta manera, la conceptualización del narcisismo da un giro con los aportes de Klein: se tratará de un tipo especial de relación de objeto.

Rosenfeld (1964), seguidor de Klein, señala que se diferencia de Freud, a quién califica como pesimista con respecto a las neurosis narcisistas a las que describe como incapaces de hacer transferencia debido a su indiferencia. El autor aclara que en los casos narcisistas hay una transferencia en particular: en las relaciones de objeto narcisistas hay omnipotencia, existe identificación por proyección o introyección, las ansiedades son paranoides y juegan las defensas contra el reconocimiento de la separación entre el self y el objeto, ya que esto implicaría sentimientos de dependencia que tienen relación con reconocer el valor del objeto, lo que conduce a la agresión y la envidia. Rosenfeld (1971) entiende al narcisismo a partir de un desbalance entre las pulsiones de vida y muerte. Interpreta al paciente narcisista como asesinando a la parte de sí mismo que se quiere vincular, debido al exceso de pulsión de muerte.

Además, Kernberg (1979)² describe que existe envidia hacia los demás, idealización y menosprecio. Las relaciones con otro son de forma explotadora o parasitaria. No pueden depender de objetos buenos internalizados. Para el autor, con su influencia kleiniana, el narcisismo se entiende a partir de pulsiones destructivas: “La indagación analítica revela a menudo que su comportamiento altivo, grandioso y controlador es una defensa contra rasgos paranoides vinculados con la proyección de la rabia oral, componente esencial de su psicopatología” (Kernberg, 1979, p. 206).

En ese sentido, es relevante remarcar que, si bien con los aportes kleinianos se hace un avance hacia una visión más relacional del narcisismo, se le da más importancia a la fantasía inconsciente que a las relaciones reales (Berman, 1997; Cohen, 2007; Segal, 1981). Además las teorías kleinianas y sus derivados como Britton (2004), Kernberg (1979) y Rosenfeld (1964, 1971) mantienen la existencia de factores constitucionales, relacionados con la pulsión de muerte, en la etiología del narcisismo.

Por su lado, Kohut (1971/1989), el fundador de la psicología del self, realiza importantes aportes en el desarrollo del narcisismo, sobre todo en comprenderlo desde el vínculo y no desde las pulsiones. Desarrolla conceptos como: los selfobjetos, que son los objetos que las personalidades³ narcisistas necesitan para darle continuidad a su identidad, no se conciben como separados del self⁴, sino constituyentes de este. Entonces, describe que no se concibe la existencia del self sin la matriz selfobjetal⁵, es decir, no existe una persona sino a partir de su relación con otros que cubran sus necesidades selfobjetales. En ese sentido, un concepto muy importante es el de *internalización transmutadora* que refiere al proceso mediante el cual el paciente interioriza y construye estructura dentro de sí, fruto de la relación con el terapeuta, y, en el desarrollo temprano, fruto de la interacción con sus figuras cuidadoras.

De esta forma, el autor (1977, 1971/1989) describe el tipo de transferencias que se pueden dar dentro del tratamiento del narcisismo: la transferencia especular y la idealizadora. Estas tienen relación, respectivamente, con las necesidades selfobjetales de especularización, esto es, de reconocimiento y validación; y de idealiza-

ción, es decir, de protección y cuidado por alguien que se concibe como superior. Kohut insta al psicoterapeuta a dejar que estas transferencias surjan y se elaboren, es decir, que el terapeuta se convierta en un selfobjeto del paciente: que pueda ser para él un selfobjeto idealizado que lo protege y/o un selfobjeto que lo reconoce. Esto se diferencia radicalmente del psicoanálisis tradicional donde el analista tiene que ocupar una postura de neutralidad.

Kohut (1966) desde los inicios hace un giro conceptual dejando de concebir al narcisismo como la inversión de la propia persona. Asevera que el contrario del narcisismo no son las relaciones de objeto, sino el amor objetal. Es decir, que en el narcisismo las relaciones con los otros tienen una cualidad narcisista, esto es, el otro es visto exclusivamente en relación al sustento que le reporta al self.

Para Kohut (1966) las dificultades narcisistas se producen cuando una necesidad normal en el desarrollo del infante es interferida. Dos necesidades importantes son las de especularización y la de idealización. Las primeras tienen que ver con las ansias exhibicionistas, donde el yo como actor es lo importante y el objeto sólo lo es en la medida en que confirma o no la actuación propia. Como dije antes, para Kohut (1966) esta es una etapa normal que tiene que ser acompañada por frustraciones graduales y amor de parte de las figuras cuidadoras. Cuando esto no es así y hay rechazo, sobre-indulgencia, o impredecibilidad, entonces el self pasa a formas aberrantes de descargar su tensión exhibicionista, que no terminan en una sensación agradable de confirmación, sino en vergüenza.

Con el tiempo, Kohut se va alejando más de la teoría freudiana, llegando al desarrollo de la psicología del self (Kohut, 1977, 1984). El giro más relevante que realiza es el considerar que la disociación de las pulsiones es secundaria a una afrenta al self. Con esto, la causalidad no puede situarse en la hostilidad objetal o la oralidad, por poner algunos ejemplos, sino en una falla en la matriz del self con sus selfobjetos. De esta manera se perfila la diferencia con autores como Kernberg, que adjudican factores constitucionales a las problemáticas narcisistas (Russell, 1985).

Entonces, hay una lectura positiva del paciente, como una persona intentando crecer. No hay una interpretación desde la sospecha al paciente (Orange, 2014). Consecuentemente, el terapeuta queda interpelado a formar una relación con el paciente, que logre ser usada para el desarrollo de este.

Kohut tiene seguidores que continúan desarrollando su teoría, adaptándola a las nuevas investigaciones de infantes y a un pensamiento más relacional. Por ejemplo, Fosshage (2003, 2009) da cuenta de varias transiciones conceptuales y epistemológicas que hacen que actualmente más que hablar de narcisismo se hable de desarrollo del self. Esto debido a que no está el énfasis en la patología, sino en las necesidades de sustentación que el self requiere.

Por último, el psicoanálisis relacional, que considera a Kohut como una influencia importante en su corriente (Mitchell y Aron, 1999), también hace aportes importantes al narcisismo, sobre todo en la forma de conceptualizarlo, como todos los fenómenos, con base en una matriz intersubjetiva que hace surgir las individualidades -y estas a la vez hacen surgir una relación, que va afectando nuevamente a las subjetividades (Stolorow, 2004, 2005)-. En el psicoanálisis relacional se abandona la teoría etiológica pulsional, y en su lugar aparece la relación como fundadora del desarrollo psíquico y sus dificultades (Berman, 1997; J. L. Fosshage, 2003; Sassenfeld, 2012; Stolorow, 2004).

Morrison y Stolorow (1997) llaman la atención sobre la anterior concepción freudiana del narcisismo, como un estado regresivo patológico que se aleja de formas maduras de relacionarse hacia una absorción en uno mismo. En contraste con esta noción, los autores rescatan la intersubjetividad como marco de entendimiento para el narcisismo. Desde ahí conciben al narcisismo como el deseo de ser valorado como especial y único por un otro significativo. Siguiendo a Kohut (1977), se entiende a este deseo como algo esperable y normal, lo toman como la necesidad de especularización que desarrolla Kohut. Aseveran que si esto consigue ser desarrollado, es decir, si las personas que constituyen la matriz selfobjetal del individuo son exitosas en entregarle ese aprecio a su persona entera como especial y valiosa, se va consolidando un sentido del self estable y cohesivo.

Por último, Benjamin (1988, 1990, 2012) desarrolla su teoría sobre la intersubjetividad⁶ que tiene que ver con el reconocimiento de uno mismo y del otro en su diferencia. Shaw (2010, 2014) desarrolla sobre este concepto de Benjamin, teorizando acerca del narcisismo como una relación traumática de subyugación donde no se permite que surja el otro en su diferencia e independencia.

En síntesis, la psicología del self y el psicoanálisis relacional sitúan al vínculo a la base de las manifestaciones clínicas⁷. Se concibe al narcisismo como un conjunto de necesidades del individuo: de reconocimiento, de cuidado, de valoración como persona completa, y sólo cuando estas necesidades no se han visto acogidas es que surge lo que conocemos normalmente como personalidad narcisista.

De esta manera, con la influencia de Kohut (1966,1971/1989, 1984) en la psicología del self y posteriormente en el psicoanálisis relacional (Mitchell y Aron, 1999), se llega a una comprensión relacional del narcisismo. Como dice Stolorow (2004) solo desde la interacción se puede comprender a la persona y a su vez esta persona contribuye a la interacción en una lógica circular. Esto implica que no hay una destructividad intrínseca en el individuo. Las pulsiones como fundamento del psiquismo son destronadas por el vínculo.

En este ánimo, concluiré describiendo dos factores etiológicos relacionales que se repiten en distintas teorizaciones sobre la problemática narcisista: en primer lugar está el no ver al niño en su unicidad y especialidad como persona completa sino solo en ciertas características idealizadas que de alguna forma sirven de sustento narcisístico para los padres (Johnson, 1987; Kohut, 1977; Lachmann, 2008; Miller, 2009; Morrison y Stolorow, 1997; Shaw, 2014). Otro factor etiológico común, es el abuso de poder con humillación hacia el niño, quedando asociada la vulnerabilidad y la necesidad con humillación y dolor (Green, 1999; Johnson, 1987; Lachmann, 2008; Lowen, 2000; Miller, 2009).

Entonces, como mencioné, en este trabajo vamos a entender al narcisismo desde una perspectiva relacional. Esto implica que vamos a tomar una postura crítica con ciertos teóricos del narcisismo que mantienen una perspectiva intrapsíquica, y que, en ocasiones, tomaremos el trabajo de autores no emparentados directamente con el psicoanálisis relacional y lo re-interpretaremos desde un paradigma fundamentalmente vincular.

Desde esta visión vamos a iluminar las dinámicas vinculares que se pueden apreciar en la emergencia de las características que podemos denominar como narcisistas. Esto significa que “una persona narcisista” sólo podrá ser entendida desde relaciones que sostengan determinados tipos de vínculos que, como veremos, están caracterizados por la utilización y la subyugación.

Las características que nos indicarán un diagnóstico de narcisismo serán la sobrevaloración o idealización de algunas capacidades de la propia persona (Green, 1999; Johnson, 1987; Kohut, 1966, 1971/1989; Lachmann, 2008; Lowen, 2000; Miller, 2009), el rechazo a los aspectos vulnerables y al sentirse en necesidad (Johnson, 1987; Klein 1952/1988, 1957/1988; Lowen 2000; Miller 2009, Rosenfeld, 1964, 1971), junto con la vivencia de sí mismo a partir de la imagen o el concepto de sí, lo que decanta en una sensación de vacío, falsedad o irrealidad (Green, 1999; Johnson, 1987; Lowen, 2000; Miller, 2009; Winnicott, 1967/1979).

A continuación presentaré un caso clínico que reúne estas características. En los próximos apartados iremos dando cuenta de las distintas dinámicas vinculares que están en la base de las problemáticas narcisistas. El caso clínico servirá para ejemplificar algunas teorizaciones y a su vez nos permitirá cuestionarnos la teoría en algunos casos.

Presentación de caso clínico⁸

Alberto tiene 34 años, está en una relación de pareja estable, y tiene un hijo de siete años. Se desempeña como profesional con un alto cargo administrativo, donde destaca por sus habilidades de negociación.

En su historia, Alberto ha tenido permanentemente sensaciones de aburrimiento y vacío. Estas sensaciones eran aplacadas con emociones fuertes y adrenalínicas, sobre todo con la seducción de mujeres y con el trabajo.

A veces presenta síntomas de desrealización, por ejemplo ve su departamento y se extraña que sea de él. Tiene una sensación basal de ser un impostor; la fantasía de que descubrirán que él no es él y perderá lo que ha ganado.

En general, se relaciona con los demás desde la lectura de sus intenciones y deseos, intentando manejarlos a su favor. Considera que sabe leer casi a la perfección a los demás. En estas interacciones siente que participa su mente estratégica, pero que él, propiamente tal, queda *escondido*.

Es importante destacar que el padre de Alberto daba alto énfasis a las capacidades estratégicas. Consideraba que su hijo tenía talento natural para los negocios. En el área social su padre lo forzaba a relacionarse con los otros niños, de maneras que terminaban resultando humillantes para Alberto. En general, el padre de mi paciente tenía altas expectativas para con él que no se condecían con las necesidades y vulnerabilidades propias de cualquier persona y en especial de un niño.

Por otra parte, su madre era una mujer muy insegura con respecto a sus propias capacidades y dependiente de su marido. En varias ocasiones ha tenido conductas de riesgo consigo misma.

Frente a este caos familiar Alberto se defiende distanciándose de sus emociones, especialmente las relacionadas con la vulnerabilidad y la necesidad. Y operando desde su punto fuerte que es la inteligencia y la capacidad verbal de convencer. De esta forma, desde muy pequeño, Alberto se consideró más inteligente que las personas a su alrededor y mejor capacitado para resolver los conflictos.

Necesidad de especularización

La debilidad en la función especular entregada al infante por la figura cuidadora es uno de los principales factores etiológicos de las dificultades narcisistas (Kohut, 1977, 1984, 1971/1989; Ledermann, 1982; Miller, 2009; Morrison y Stolorow, 1997; Winnicott, 1967/1979). Además es un factor que aparece desde el desarrollo más temprano, por eso está encabezando nuestra descripción de los dinamismos vinculares a la base de las dificultades narcisistas.

Según Winnicott (1967/1979) esta función no se propone como un reflejo directo de la imagen del niño, sino como un poder verse reflejado en el rostro de la madre, esto es, como una relación interpersonal. El autor declara que el rostro de la madre es el precursor del rol del espejo:

¿Qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? Yo sugiero que por lo general se ve a sí mismo. En otras palabras, la madre lo mira y *lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él*. Todo esto se da por sentado con demasiada facilidad. Yo pido que no se dé por supuesto lo que las madres que cuidan a sus bebés hacen bien con naturalidad. Puedo expresar lo que quiero decir yendo directamente al caso del bebé cuya madre refleja su propio estado de ánimo, o, peor aún, la rigidez de sus propias defensas. En ese caso, ¿qué ve el bebé? (p. 148).

De esta forma, Winnicott (1967/1979) describe la resonancia del rostro de la madre con el infante, como el primer lugar donde este se puede ver reflejado. Cuando la madre del infante, por motivos de depresión u otros, no refleja al niño, lo que hay en el rostro de la madre no se relaciona con él. Esto produce que la dinámica vincular cambie drásticamente: el infante comienza a estudiar el rostro materno, tal como cada uno de nosotros mira el cielo para predecir el tiempo. Es decir, intenta interpretar y predecir el estado de ánimo de la madre:

El bebé aprende muy pronto a hacer un pronóstico: “Ahora puedo olvidar el talante de mamá y ser espontáneo, pero en cualquier momento su expresión quedará inmóvil o su estado de ánimo predominará, y tendré que retirar mis necesidades personales, pues de lo contrario mi persona central podría sufrir un insulto. (p. 149).

De esta forma, si el infante solo ve el rostro de la madre y, por tanto, no se ve reflejado en ella, entonces se merma la capacidad creadora, que viene por consecuencia de la posibilidad de *existir* que se da en ese reflejo. Esto es coherente con la descripción de Winnicott (1960/1994) acerca de permitirle la existencia al verdadero self a través del reconocimiento de la madre del gesto espontáneo del infante. En cambio, cuando estas condiciones están ausentes, surge más bien el falso self que reacciona al ambiente. Así se da una diferencia entre *existir* (verdadero self) y *reaccionar* (falso self)⁹.

Hasta este punto, hay varias características del caso de Alberto que nos pueden ayudar a iluminar estos aspectos. En primer lugar, en la historia de Alberto hubo mucha inestabilidad material y emocional, esto facilita que mi paciente haya tendido a adaptarse al ambiente intentando predecir las situaciones venideras. Congruentemente, el paciente experimenta sus relaciones, en general, desde el leer el gesto del otro, interpretarlo y de esa forma poder teorizar, entender y predecir el pensamiento, afecto y comportamiento del otro.

En contraste, Winnicott (1967/1979) grafica, de forma estética, el proceso que se da desde el encontrar un espejo en el rostro de la madre, hasta la capacidad creadora: “Cuando miro se me ve, y por tanto existo. Ahora puedo permitirme mirar y ver. Ahora miro en forma creadora...” (p. 151).

Este tema del reflejo en la situación psicoterapéutica ha sido abordado en el caso de Alberto. Una de las formas en la que ha sido tematizado es a partir de la lectura que él hace de mis gestos cuando él habla. El paciente interpreta mi gestualidad a medida que él va pasando por distintos estados de ánimo y saca sus conclusiones: Por ejemplo, percibe que cuando está más vulnerable, lo miro con más ternura. En un comienzo él sentía la precaución de entonces no tomar esto en un sentido manipulador, esto es, comenzar a ser más vulnerable para que lo mire de esa forma; y entonces, para que yo lo quisiera más. Si lo hiciera así, se sentiría manipulando y por tanto se sentiría falso: justamente, según la teoría de Winnicott (1960/1994), estaría *reaccionando* a mi gestualidad y no *existiendo*. En este estado de las cosas, Alberto aún no puede utilizar mi gesto de sintonización con él de un modo reflejante.

Más adelante, él se aleja, por algunos momentos, de sus certezas al interpretar mi gesto y me pregunta directamente cómo lo veo yo, esto es, cómo se ve él desde mi lugar. Esto es coherente con el análisis de Ogden (1977), con respecto a las ideas de Winnicott. Él propone que habría una fase donde, a través de la especularización adecuada, el bebé logra distinguir el *Yo* del *Mí*, así con esta distinción pueden cobrar vida ambas experiencias. Esto es, antes de esta distinción no hay una experiencia completa y adecuada de lo que es ser yo, ni de ser alguien para otro.

Alberto le da una contextualización a esta pregunta, que le produce gran curiosidad. Dice que la relación conmigo es una donde él se expresa sin, al menos conscientemente, intentar ocultarse. Entonces, desde esta posición privilegiada que tengo en relación a él: ¿qué veré yo?

El paciente me aclara que el hacerme esta pregunta para él es muy difícil: es entregarme algo, es exponerse frente a mí al asumir que él no lo sabe todo y quiere saber. Podríamos pensar que es asumir que está sediento de mi función especular.

En este punto, Johnson (1987) teoriza que las personalidades narcisistas utilizan a los otros como reflejo, pero de su falso self. Es decir, utilizan a los otros para remarcar lo que sea que hayan situado en su fachada adaptada a los demás. Esto puede ser ilustrado con el caso: en la primera y subsecuentes sesiones me sentí de alguna forma llevada a este rol reflejante del falso self, del que me quise salir. Cuando Alberto llegó a consultar me parecía que estaba demasiado a gusto con la situación terapéutica. Se situaba cómodamente en el sillón y lo que hacía la mayor parte del tiempo era derechamente teorizar sobre él mismo y sobre los demás. En una de las primeras notas que escribo sobre él me pregunto: “¿Qué busca en la relación conmigo? ¿Sorprenderme?” En esas instancias me parece que Alberto estaba utilizando su mejor recurso, su capacidad mental, para estar conmigo de forma de mostrarme y recibir mi reflejo de su capacidad intelectual. Sin embargo, claramente, esto nos llevaría a una relación que se mueve en la superficie y en la que el reflejo que yo le pueda entregar no le serviría realmente como nutrición a su self de forma integral.

Así que cuando el paciente hace este giro a preguntarme cómo lo veo, está abriéndose a otro dominio de la experiencia inexplorado para él. Me parece que esto calza con la teoría de Johnson (1987): “Cuando el narcisista cambia del uso de los otros para perpetuar al falso self al uso de los otros para descubrir el self real, él ha comenzado el camino a casa” (p. 46).

Claramente, si frente a esta pregunta del paciente yo hiciese uso de alguno de los recursos comunes utilizados en psicoterapia, por ejemplo, el devolverle su pregunta con un “¿por qué te interesa saber eso?” estaría desperdiciando una magnífica ocasión de, por un lado, entregar el reflejo que el paciente necesita, y más profundamente, perdería una ocasión para fundar una forma de relacionarnos entre el paciente y yo, donde se da lugar a la sinceridad, a la vulnerabilidad y a la exposición, sin que esta sea algo que avergüenza o humilla.

Más adelante en el tratamiento, Alberto empieza a tener en general un reflejo mío más constante: le parece que yo mantengo mi aceptación y valoración de él en sus distintos estados y eso le permite expresarse más libremente, sosteniendo que yo lo sigo valorando. Cuando le parece que esta condición falla, Alberto me lo hace notar, lo que me hace concluir que siente que la relación es lo suficientemente segura como para poder reclamarme sus necesidades. Alberto está comenzando a *existir*.

Continuando con las reflexiones en torno al rol del espejo, Winnicott (1967/1979), describe las relaciones que se pueden dar en la adolescencia, entre el joven y el espejo, como consecuencia de la relación inicial entre la madre especular y el infante:

Cuando la joven normal estudia su rostro en el espejo se está diciendo que ahí se encuentra el rostro de su madre, y que esta puede verla y está en *rapport* con ella. Cuando, en su narcisismo secundario, las jóvenes y los muchachos miran para ver belleza y para enamorarse, ya existen pruebas de que se ha insinuado la duda acerca del amor y preocupación permanentes de la madre. De modo que el hombre que se enamora de la belleza es muy distinto del que ama a una joven y siente que es hermosa y se encuentra en condiciones de ver qué hay de bello en ella. (pp. 149-150).

De esta manera, podemos pensar que en un comienzo Alberto buscaba en mí un espejo confirmador de alguna característica, desde la profunda duda de su valor. En contraste, más adelante en el tratamiento, mi función especular pudo ser internalizada como constante, entonces Alberto pudo albergar la esperanza de que haya algo bello en él.

Esto se diferencia de la dinámica narcisista donde, desde la duda acerca del amor, hay una excesiva preocupación por calzar con las expectativas de belleza u otro criterio. Es decir, habría una forma de interactuar desde la evaluación. Esto también resulta coherente con la experiencia de Alberto, quien busca calzar con las expectativas y se está evaluando a sí mismo en tanto a lo que su desempeño podría ser, de acuerdo al concepto de sí mismo que tiene.

Entonces, a partir de esta constatación, lo que intento facilitar en el contexto de la psicoterapia, es una relación donde exista el reflejo hacia lo que trae el paciente, evitando caer en dinámicas de sola sustentación del falso self, y de esa forma, con el tiempo, lograr entregar ese reflejo que se requiere para empezar a *existir*.

Winnicott (1967/1979) reflexiona en torno a este tema en la psicoterapia: “La psicoterapia no consiste en hacer interpretaciones inteligentes y adecuadas; en general es un devolver al paciente, a largo plazo, lo que este trae” (p.154). Podríamos hipotetizar que, justamente, el comprender la tarea psicoterapéutica como hacer interpretaciones inteligentes y adecuadas, tiene que ver con utilizar al paciente como eco del propio desempeño para poder alimentar al falso self, una tarea que, por su naturaleza, nunca se acaba. En el caso de concebir la psicoterapia de esta forma no se estaría pudiendo cumplir con el rol reflejante que el paciente necesita para comenzar a *existir*.

La familia narcisista

Mucho se ha teorizado sobre la transmisión familiar de las problemáticas narcisistas a través del vínculo íntimo. En este apartado vamos a introducirnos en algunas respuestas que se han entregado a la interrogante sobre la cualidad de los mecanismos vinculares que operan dentro de una familia donde la problemática narcisista hace su aparición.

Miller (2009) reflexiona en torno a este tema y propone que unos padres con necesidades de eco, es decir, con necesidades narcisistas importantes e insatisfechas, hacen uso de sus hijos para cubrirlas. Los niños son una víctima perfecta ya que están disponibles, sin poder y muy necesitados de amor.

Esta utilización se manifiesta en utilizarlos para reflejarse en ellos, por ejemplo el tener un hijo como una extensión de sí mismo que pueda lograr lo que ese padre no pudo, o para proyectar en ellos la debilidad y vulnerabilidad propia y así tener poder sobre esta. Esto en oposición a permitir que surja la espontaneidad del niño y acompañarlo en su desarrollo, cumpliendo una función reflejante para ellos.

Apoyándose en el concepto de especularización winnicottiano, Miller (2009) teoriza que el niño se encuentra en el rostro de la madre si es que ésta realmente lo observa y no proyecta en el niño sus propios miedos, expectativas y planes. Si esto último sucede “éste descubrirá en el rostro materno no la imagen de sí mismo, sino las necesidades de la madre. Él mismo se quedará sin espejo y en vano lo buscará durante el resto de su vida” (p. 55).

Abuso de poder y humillación

Dentro de las dinámicas que se producen en este tipo de familia, Miller (2009) hace énfasis en las situaciones donde se humilla al niño a través del desprecio a su debilidad. Los padres se afirman en su autoridad y su poder como adultos, contrastándolo de forma humillante (de manera más o menos explícita) con la falta de poder del niño, por su debilidad asociada a la necesidad de los padres para sustentarse.

La autora describe que esta forma de vincularidad tiene su raíz en los problemas de los padres en relación a su propia vulnerabilidad y debilidad que quedan proyectados en el niño:

El desprecio por este ser más débil y pequeño se convierte así en la mejor protección contra la irrupción de los propios sentimientos de impotencia: es la expresión de la debilidad escindida. El fuerte que conoce su debilidad porque la ha vivido no necesita hacer demostraciones de fuerza mediante el desprecio. (pp. 110-111).

Como se podrá deducir, Miller (2009) se diferencia claramente de la noción intrapsíquica pulsional clásica y se atañe mayormente a factores vinculares para explicarse esta dinámica. Por ejemplo, relata una escena donde los padres se ríen de su hijo que sufre porque no le permiten comer helado como ellos. En esta situación la autora aclara que no es la pulsión oral del niño lo principal que está en juego:

Lo que humilla al niño no es la no realización de la pulsión, sino el desprecio de su persona. La afección se ve, en general, reforzada por el hecho de que los padres, gracias a su amenazadora condición de “mayores”, se vengán inconscientemente en el hijo de sus propias humillaciones. (p.111).

Johnson (1987) también describe el abuso de poder que se da en estas familias, donde el padre no puede darle al hijo lo que a él mismo le fue negado y en vez de esto, lo humilla.

Por su lado, Lowen (2000) también teoriza como factor etiológico un vínculo donde hay abuso de poder y humillación:

De niños, los narcisistas sufren lo que el análisis describe como una grave herida narcisista, un golpe a la autoestima que moldea su personalidad y deja en ella una cicatriz. Tal herida conlleva una humillación, representa en concreto la experiencia de sentirse impotente mientras la otra persona disfruta del ejercicio del poder y del control sobre uno. (p.103).

Esto puede ser a través de un castigo físico pero hay otras muchas formas, más o menos sutiles, de humillar a un niño:

Muy a menudo se critica a los niños de una forma que les hace sentirse inútiles, inadecuados o estúpidos. Este tipo de críticas no tiene el propósito de servir para algo útil, sino que desde mi punto de vista va dirigido a mostrar la superioridad paterna. Algunos padres se ríen o se burlan de sus hijos cuando estos cometen un error o no saben la respuesta a una pregunta que se supone deberían conocer. Cuando el niño llora, puede que los padres minimicen los sentimientos de este tildándolos de falsos, y haciendo comentarios sarcásticos del tipo: “son lágrimas de cocodrilo”. (p. 107).

Esta dimensión en particular de la humillación por abuso de poder estuvo presente en Alberto, como podemos atestiguar por su rechazo de su sí mismo infantil al que tilda como: débil y torpe, definitivamente no querible. Para que Alberto haya llegado a rechazarse de esa forma tiene que haber existido rechazo de parte de personas importantes en su vida. Podemos darnos cuenta de que en la relación con su padre hubo presión hacia Alberto para que calzara con sus expectativas y un rechazo hacia sus emociones asociadas con la vulnerabilidad. Por otro lado, podríamos pensar que su madre era la dramatización de la vulnerabilidad con resultados altamente catastróficos. La fragilidad de la madre decantaba en extrema inseguridad y en no poder sobrevivir sin otro. De esta forma podemos comprender el terror de Alberto de experimentar su propia vulnerabilidad.

Describiremos esta dimensión en la relación con su hijo: el paciente interpreta los reclamos apenados de su hijo como un claro intento de manipulación del cual se ríe y a la vez encuentra audaz e inteligente.

Manuel, el hijo de Alberto, tiene siete años. Mi paciente está bastante identificado con él, lo considera muy inteligente y con un talento musical nato, el niño ya está en clases de guitarra.

Alberto dibuja una concepción de Manuel como manipulador, es decir, que sabe todo y planifica cómo lograr sus objetivos. El niño queda retratado como sin muchas emociones, lejos de la vulnerabilidad. Alberto inter-

preta que cuando Manuel llora es para hacer “el show”, le dice: *niñita sensible*. Comenta dos ocasiones para ejemplificar su punto: una es que al niño se le caen los vasos con bebida porque no los sitúa bien, Alberto se irrita ya que le tiene que repetir que los ponga bien, a lo que el niño le contesta: “pero no me lo dijiste hoy y soy un niño entonces se me olvida”.

En otra ocasión, Alberto estaba preparando a Manuel para el colegio. El niño no se quiere meter la camisa adentro de los pantalones, Alberto le insiste, pero el niño no responde; entonces mi paciente le mete la camisa de manera brusca. El niño llora mucho, dice que se asustó y le latió muy fuerte el corazón. Frente a esto mi paciente reacciona pensando, como es usual, que el niño está manipulando. Después Manuel le expresa que prefiere que la mamá siga arreglándolo para el colegio. Unos minutos después le dice: “tenemos que hacer algo papá, ¿cómo lo solucionamos?”. Alberto le responde con una pregunta: “¿qué propones tú?”. Entonces Manuel le contesta: “me tienes que abrazar, decirme que me quieres y darme besitos”. En este punto Alberto se conmueve y lo hace.

En estas dinámicas me parece que Manuel queda sin ser reconocido, al menos en primera instancia, en sus necesidades infantiles. Alberto lo interpreta como manipulación, entonces es más severo con él, además se ríe de él, ridiculizando en cierta medida sus emociones: *niñita sensible*. Quizás Alberto, al estar tan identificado con su hijo, no puede ver en él, lo que le duele ver en sí mismo, esto es, la necesidad y la vulnerabilidad.

Me resulta conmovedor cuando Manuel toma la iniciativa de decirle a su padre que tienen que hacer algo para mejorar esta situación. Alberto le da ese espacio y el niño logra expresar su necesidad de forma directa: quiere que él lo abrace y le diga que lo quiere. Frente a esto mi paciente logra conectarse en un nivel más íntimo y directo con su hijo, le entrega ese espacio, y le hace caso. Me parece una instancia de reparación muy relevante para ambos.

Por último, luego de hacer esta reflexión a partir del caso clínico, se pueden reformular las teorías esbozadas al comienzo de este apartado, acerca de la humillación y el abuso de poder hacia los niños. En la descripción de Lowen (2000), los padres quedan graficados desde cierta *maldad*: son padres abusadores. Sin embargo, al reflexionar sobre el caso, veo que la experiencia de Alberto, más bien tiene relación con no admitir vulnerabilidad o debilidad en su hijo: tiene que ver con tener dificultades en aceptar que, efectivamente, es un niño sensible y con necesidades. Justamente, como la persona no puede admitir vulnerabilidad en sí misma, también le cuesta verla en otro ser con el que está tan identificada.

Me parece que este matiz distinto ayuda a empatizar con estos padres, a la vez de asumir el daño que han provocado; de esta manera, no necesitamos polarizar en que hay un *bueno* y un *malo* en la historia; sino una complejidad donde en ocasiones alguien puede hacer daño y a la vez ser víctima de sus propias vulnerabilidades, sin que esto le quite responsabilidad en sus actos. Y, por otro lado, alguien puede ser víctima, sentir y asumir el daño que le han provocado ciertas interacciones, y a la vez sostener que el agresor es también víctima de sus debilidades. El sostener esto resulta muy complejo, implica un reconocimiento de la subjetividad del otro y de la propia, es decir, tiene relación con alcanzar un estado de reconocimiento e intersubjetividad (Aron, 2006; Benjamin, 2004).

Idealización

Otra de las dinámicas interaccionales que Miller (2009) destaca es cuando el niño es considerado como dotado o con grandes capacidades y éstas traen el precio de la imposibilidad de vivir la propia subjetividad. Da como metáfora un cuento de un niño con un cerebro de oro quien tiene que hacer sacrificios por su familia y su pareja en orden de salvarlos o hacerlos felices. Estos sacrificios tienen que ver con extirpar una parte de sí mismo, en este caso, parte de su cerebro, para transarlo por otros elementos que se necesitan. Finalmente, el niño termina sin vida de tanto entregar su propio cerebro de oro.

Podemos simbolizar que, en estos casos, las dotes del niño no contribuyen a su desarrollo personal, ya que son transadas para suplir las necesidades que los padres tengan por llenar: logros, eco, acompañamiento, etc.

Continuando con el caso, Alberto era considerado por su padre como extremadamente inteligente. Además, en su infancia, su madre lo veía como un niño muy especial por ser maduro y comprensivo. Por su lado, Alberto

considera a su hijo Manuel muy talentoso. Su hijo además de ser inteligente como él, es más sociable que lo que él era a su edad. Alberto es consciente de la posibilidad de utilizar a su hijo en este sentido e intenta no hacerlo.

Como Miller (2009) recalca, esta forma de vincularse y de vivirse es transmitida de generación en generación, si es que las personas que están insertas en este sistema no hacen un proceso donde acepten y vivan sus sentimientos negados.

De forma paralela a la concepción de niño dotado que trabaja Miller (2009), Lowen (2000) conceptualiza sobre el ser *especial*. De esta forma, el autor propone que luego de la humillación, aparece otro método de tratar con los niños que sería la seducción, esto es, la promesa de ser especial a costa de hacer y ser lo que desea el progenitor.

A Lowen (2000) le parece que luego de la humillación y el rechazo, el niño está suficientemente débil, lo que hace más posible su sumisión a la manipulación y seducción al hacerle creer que es especial: “La promesa de que él va a ser muy especial es el cebo seductor que los padres le ponen delante al niño, para moldearle según la imagen que ellos tienen de cómo debe ser su hijo” (p. 136).

El mismo Lowen (2000) describe cómo le aplicaron ambos mecanismos con el siguiente resultado:

Así que por un lado yo era especial y superior, y por otro, inseguro y avergonzado. Cuando actuaba como si fuera superior, tenía miedo de que me sucediera todo lo contrario. Todo narcisista alberga un profundo temor a que le humillen, porque su imagen de grandeza encubre un sentimiento interior de inadecuación. (p. 119).

En los ejemplos que esboqué más arriba sobre la interacción entre Alberto y Manuel, se refleja tanto la dimensión de la humillación por el abuso de poder, como la dimensión de la idealización del niño: este ser dotado o ser especial que Alberto le atribuye a Manuel. Esto se refleja en la identificación con él en los atributos de inteligencia y también en la omnisciencia: el niño está manipulando porque es muy inteligente, se da cuenta de todo e, implícitamente, no se ve demasiado afectado por emociones asociadas a la vulnerabilidad.

Esto resulta altamente problemático ya que se nubla la vista hacia los aspectos claramente vulnerables, limitados e infantiles de Manuel. Aspectos que este se encarga de recordarle a su padre al decirle que él es un niño, que no recuerda todo lo que le dicen, al expresarle que necesita apoyo y cariño, al decirle que se asusta, entre otras cosas.

Una dinámica familiar muy relevante que vivía Alberto en su infancia era que los padres peleaban hasta bien entrada la noche. Entonces, en algún momento, iban donde Alberto, lo despertaban y le decían que se iban a separar. Alberto se transformaba en un mediador, intentando resolver sus conflictos. Hasta que finalmente los padres se calmaban y volvían a la normalidad.

En esta interacción, Alberto es claramente utilizado como un *buffer* para la interacción problemática de los padres. El resultado de esto es una conceptualización de Alberto como un niño maduro, que sabe lidiar con este tipo de problemas. En esta dinámica quedan nublados los aspectos vulnerables de Alberto que se manifiestan de forma somática: tiene enuresis; a pesar de esto, no queda significado como necesitando ayuda, claramente las necesidades de los padres son las más apremiantes.

Johnson (1987) describe la herida narcisista que versaría: “*No seas quien tú eres, sé quien yo necesito que tú seas. Lo que tú eres me decepciona, me asusta, me enoja, me sobre-estimula. Sé lo que yo quiero y te querré*” (p.39). De esta manera, ser un niño asustado y vulnerable, claramente no es lo que los padres quieren que sea Alberto, sin embargo, es parte muy importante de lo que él es. En cambio, los padres prefieren que su hijo sea inteligente, fuerte y comprensivo, de esa forma puede mediar entre ellos, puede sostener a su madre, puede ser la imagen idealizada proyectada del padre, entre otras cosas.

De la misma forma, en la actualidad, Alberto percibe que su pareja necesita que él sea fuerte, cuidadoso, proveedor, y no sensible, vulnerable ni pasional. De esta manera, se vuelve a quedar encerrado en ser lo que necesitan que él sea, en vez de poder ser lo que él es.

De todas formas, esto tiene una compensación narcisística: Alberto se considera, desde muy pequeño, más inteligente que los padres (y que, prácticamente, todo el mundo). Esto tiene graves implicancias, si Alberto es el más grande, maduro e inteligente, entonces, ¿en quién se apoya él?

La pesadilla de admitirse en necesidad

Continuando con la dinámica narcisista, Lowen (2000) describe que a las personalidades narcisistas les cuesta mucho admitir su necesidad de otras personas ya que:

Hacerlo representaría admitir y afrontar su vulnerabilidad. Pedir ayuda abriría la herida narcisista que la persona sufrió en su infancia cuando, indefenso y dependiente, uno de sus progenitores le utilizó abusando de su poder. Les parece que tener necesidad y estar indefenso permite que los demás puedan controlar su destino. (p. 128).

Esta descripción es acertada en la situación actual de mi paciente. El mirar su propia vulnerabilidad todavía le parece algo intolerable, aunque hemos avanzado en que sea permisible bajo ciertas circunstancias. En cambio, para su hijo Manuel no resulta tan difícil expresarse en este ámbito: él enuncia sus necesidades y su indefensión, claramente de una forma sobreadaptada, pero las formula. Esto puede hablar de que Alberto está logrando facilitar un vínculo con él donde esto resulta posible.

Johnson (1987) describe dentro de los factores etiológicos de la personalidad narcisista, al desarrollo detenido (*arrested development*), que se encontraría en la fase de reaproximación de Mahler (Mahler, Pine, y Bergman, 1975), como veremos estas dificultades tienen relación con la dificultad de admitirse en necesidad. En esta fase el niño luego de haber pasado por una separación inicial con la madre¹⁰ y haber descubierto con júbilo sus posibilidades autónomas, se da cuenta de que está separado de su figura cuidadora y surge la necesidad de volver hacia ella. Entonces el niño tiene la tarea de integrar la vulnerabilidad con la grandiosidad, esto es, poder sostener que aunque logre hacer cosas por sí mismo y disfrutarlas, también necesita volver al cuidado de la madre. Para alcanzar este logro, el infante necesita un *ambiente*, es decir, una figura cuidadora, que sea capaz de nutrir ambos aspectos. Esto implica permitir y celebrar la autonomía del niño, ser un reflejo para él en ese aspecto; y, a la vez, sostener la necesidad y vulnerabilidad del niño cuando se manifiestan.

Para eso los padres se tienen que dejar utilizar narcisísticamente, es decir, para las necesidades del niño. En cambio, en la dinámica narcisista los papeles se invierten y es el niño el que es utilizado narcisísticamente para proveer alimento narcisista a los padres. Cuando el niño falla en proveer el eco o falla en cumplir las expectativas de los padres, la figura cuidadora retrae su amor, y frente a esta situación:

El niño, vulnerable y dependiente, va a negar su self real para mantenerse cercano a la madre. Viviendo para sus expectativas idealizadas y suministrándole alimento para sus necesidades narcisistas, él se niega y se pierde a sí mismo. Él invierte en el idealizado, falso self, tratando de obtener lo que perdió – el amor, respeto, eco, y especularización que eran requeridos para que él pudiera descubrir, aceptar, desarrollar y amar su verdadero self. En esta formulación etiológica, la injuria narcisista existe en la incapacidad de los padres para aceptar, entender y amar al niño con todos sus conflictos reales, vulnerabilidades y magnificencia. (Johnson, 1987, p. 44).

En estas interacciones los padres fallan en cumplir la función especular que le serviría al niño para formar su propio self. Como son padres que tienen heridas narcisistas importantes, no pueden lograr entregarles a sus hijos lo que no les fue entregado; no pueden servirles de espejo y contrariamente instrumentalizan a los niños para que ellos cumplan esta función. Esta dinámica familiar también es descrita, mucho más tempranamente, por Winnicott (1967/1979):

Se exagera la tarea del espejo, de tomar nota y aprobar. La mujer tenía que ser su propia madre. Si hubiese tenido una hija, no cabe duda de que habría encontrado un gran alivio, pero quizás ella habría sufrido por el hecho de tener excesiva importancia en lo referente a corregir la incertidumbre de su madre en relación con la visión que esta tenía de ella. (p.150).

De esta forma, los niños quedan instrumentalizados para los padres. La propia vulnerabilidad y necesidad se vive con terror, ya que cuando se vivió, no hubo respuesta de parte de las figuras cuidadoras. Los padres estaban muy ocupados teniendo que lidiar con sus propias heridas narcisistas, entonces no pueden servir de reflejo

al niño de forma adecuada, sino que necesitan a su hijo para aliviar sus propias heridas. De esta forma, el niño puso su energía en desarrollar un falso self adaptado a las necesidades de los padres. En esta operación el niño ganó en poder y manejo: al instrumentalizarse a sí mismo y crear este falso self adaptado puede hacerse experto en manejar las condiciones ambientales, pero, tristemente, pierde contacto consigo mismo.

Formas de vincularse del narcisista intra e interpersonalmente

Podemos sintetizar que existen dos formas de vincularse que resultan características en el funcionamiento narcisista, estas son la utilización y la subyugación. Estas formas de relacionarse están en directa relación con los apartados anteriores acerca de las dinámicas familiares que propician las dificultades narcisistas. A partir de esas formas de relacionarse entre la figura cuidadora y el niño, se cristaliza una forma de relacionarse consigo mismo y el resto de las personas. Este proceso lo podemos entender a partir del concepto de RIGs (Representaciones Interaccionales Generalizadas) de Stern (1985), lo que ocurrió interpersonalmente constituye un aprendizaje para el infante sobre cómo estar en relación con otros.

Utilización

Como hemos visto, varios autores (Kohut, 1971/1989, 1977, 1984; Johnson, 1987; Miller, 2009; Winnicott, 1967/1979, entre otros) sitúan en la etiología de las dificultades narcisistas una forma de relación entre el infante y las figuras cuidadoras donde estas últimas no pudieron instrumentalizarse para ser utilizadas narcisísticamente por el infante, es decir, no pudieron relacionarse con el niño de modo de reflejarlo y entregarle lo que éste necesitara vincularmente de ellos. En vez de eso, como dice Winnicott (1967/1979), aparece la figura de la madre (no el reflejo del infante a través de la mirada de ella) con sus propias necesidades a ser atendidas. Así, el niño pasa a ser el utilizado por las figuras cuidadoras para cumplir con sus necesidades narcisísticas y es el infante el que se queda sin reflejo (Miller, 2009).

Es necesario hacer algunas aclaraciones acá con respecto a los conceptos de utilización e instrumentalización que estoy usando de manera indistinta. Cuando hablo acerca de la posibilidad de que los padres se instrumentalicen para los niños, eso no significa que sean utilizados en el sentido de anularse a sí mismos por sus hijos; sino que, reconociéndose a sí mismos, se permitan el reconocer y, muchas veces, priorizar al niño. Esto siguiendo la noción de intersubjetividad de Benjamin (1990, 2004, 2013) que enfatiza que en una relación donde la intersubjetividad está sembrada, ambas personas se pueden reconocer a sí mismas y mutuamente. Para llegar a sentirnos reconocidos, necesitamos que alguien nos reconozca. Ese alguien necesita ser una persona con el estatuto de sujeto, no de objeto. En ese sentido, de poco le sirve a un niño ser visto en sus necesidades por una madre o padre que es un objeto, esto es, un padre que se instrumentaliza sin tener reconocimiento de su propia subjetividad, pues no le puede entregar el reconocimiento que el niño necesita.

Benjamin (2013) explica que hay una asimetría entre el padre y el niño, o podemos pensar, entre el psicoterapeuta y el paciente:

Desde las perspectivas clínica y del desarrollo, antes de tener la habilidad de reconocer al otro o de reflexionar sobre uno mismo (o mantenerse en espacios), uno debe experimentar ser visto como uno quiere ser visto, conocido como uno mismo, espejado y aceptado. (p. 371).

Por este motivo, cuando un niño no es reflejado ni reconocido, y en vez de esto, se le pide implícitamente que reconozca y refleje a la figura cuidadora, el niño lo hará, aunque no lo podrá hacer auténticamente, porque aún no tiene conformado un self que logre realizar esta acción sin anularse a sí mismo.

De igual manera, el padre con dificultades narcisísticas no podrá dejarse usar por el niño pues esto le significaría la anulación de sí mismo (o si lo hace, se abolirá a sí mismo, lo que no le sirve de sustento al infante). De la misma forma, el narcisista o se utilizará a sí mismo, anulándose como sujeto; o anulará a los otros y los utilizará.

Es interesante mencionar que esta última forma de usar la palabra utilización (es decir, objetivar al otro) es distinta al significado que le da Winnicott (1968/1979) al *uso del objeto*¹¹ que refiere a cuando el objeto es percibido como externo al sí mismo, porque *sobrevive al ataque*¹², entonces puede ser usado¹³.

De la misma forma, cuando se logra ver al otro como un sujeto, podemos dejarnos *usar* por otros sin perder nuestra subjetividad. En la actualidad, como Benjamin (2013) sugiere, podemos actualizar esta importante conceptualización de Winnicott. Podemos decir que hay un tránsito desde un mundo donde se *manejan* objetos, a otro donde aparecen relaciones con otros sujetos vía reconocimiento.

Este modo de vincularse con uno mismo a través de la propia instrumentalización está presente en Alberto, por ejemplo en su relación con las mujeres. Desde la adolescencia Alberto ha dado lo que describe como un giro en su vida. Piensa que en su infancia utilizaba su inteligencia para asegurarse superior a los demás y así era muchas veces excluido sin tener éxito social. Sin embargo, en la adolescencia y, como se lo explica él, por el deseo de estar con mujeres, cambió de actitud y empezó a pensar en cómo calzar con las expectativas de las mujeres para ser apreciado por éstas. Así se hizo un experto en leer el gesto y otros datos de las jóvenes que le interesaban para así hacerse a sí mismo tal cual como él pensaba que ellas lo querían.

De esta forma, claramente, Alberto comienza a utilizarse a sí mismo para producir agrado y entonces ganar control sobre el aprecio que las mujeres sienten hacia él. Así, se hace patente la sensación de no saber quién es él realmente fuera del contexto al que se intenta adaptar.

En el terreno de la sexualidad también le ocurre la misma dinámica. Lo más importante y placentero para él resulta ser el producir placer en la mujer más que él mismo vivir el placer. Así se encuentra alienado en busca del placer del otro para asegurarse de su valía; en esta transacción su propio placer corporal queda en segundo plano.

Esto me recuerda al libro *El perfume* de Patrick Süskind (1985) donde el protagonista Jean-Baptiste Grenouille, un hombre sin olor propio, pero con un talento excepcional para captar los olores de su entorno, se obsesiona con alcanzar el perfume que provoque en las personas deseo y placer; que al olerlo fuese como si cada uno tuviese una mano en el sexo. Para hacer este perfume el protagonista extrae la esencia aromática de mujeres bellas (a las que asesina para este fin). Eventualmente Jean-Baptiste consigue suficientes esencias para crear el elixir definitivo, al ponérselo sobre sí el resultado es que una horda de personas extasiadas y voraces se abalanza sobre él y, en frenesí, terminan devorándolo y borrándolo de la faz de la tierra.

Creo que esta historia resulta muy ilustrativa y evocadora de lo que sucede en el caso y en el narcisismo en general. Primero, el protagonista es un hombre sin olor propio, pero con una acusada capacidad para percibir los olores. Esto lo podríamos metaforizar con la capacidad de Alberto de leer las necesidades de los demás, pero no tener las suyas propias; la capacidad de dar placer a los cuerpos de los demás, pero tener el propio cuerpo disociado e instrumentalizado (por ejemplo, en una sesión se retrató a sí mismo como un robot).

En segundo lugar, con esta capacidad el protagonista se obsesiona con obtener el perfume que atraiga todo el deseo sobre sí. Para esto él utiliza a mujeres para robarles su belleza, apropiarse de su esencia. En este punto hay algo bastante similar en la experiencia de Alberto con la belleza y las mujeres. El paciente siente que al estar sexualmente con una mujer bella es como si algo de esa belleza quedase para él. Él experimenta un desconcierto con la belleza, algo que lo desespera: existe una doble intención, el poseer a través de destruir lo bello y el dejarlo intacto anonadado por su belleza. Esta dinámica le sucedió en un concierto de música clásica. Frente a las armonías musicales él se ve inmensamente emocionado, más allá de su control: se ve conmovido por la belleza, quisiera atesorarla para él y a la vez siente ganas de gritar y romper la armonía musical.

En lo descrito aparece la utilización no sólo de sí mismo, sino también del otro, en este caso, de la mujer, que al igual que una obra musical, resulta desesperante por sus ganas de mantenerla intacta y de destrozarla y guardarla para sí, para él también obtener algo de esa belleza, como Jean-Baptiste al extraer el perfume de cada mujer asesinándola.

Podemos considerar esto como relevante, en la vida de Alberto. Como siente que no logra llegar a estar totalmente seguro de la posesión de su mujer actual; él adjudica a este hecho el seguir sintiéndose enamorado de ella. Esto es importante ya que, en esta relación, se sostiene la imposibilidad de poder realmente tener al otro para sí mismo, con las consecuencias agradables de esto: el sostenimiento del deseo.

Por último, y como es ilustrado brillantemente en el final del libro, al alcanzar su elixir y ponerlo sobre sí, el protagonista es devorado por los demás, su existencia desaparece y los que lo rodean se marchan sintiéndose bien, haciendo realidad esta secuencia donde el narcisista se instrumentaliza para producir placer borrándose a sí mismo.

Un cuento con un final estructuralmente similar, es el que expone Miller (2009) acerca del niño con el cerebro de oro, que tiene que, poco a poco, ir entregando parte de sí, de su cerebro, hasta morir, claramente utilizado por los demás para sus propios fines.

Subyugación

Estrechamente relacionada con la utilización como forma de vincularse, está la subyugación. Esta forma de relación se caracteriza por que solamente uno de los miembros tiene derechos y el otro es sometido o subyugado (Shaw, 2014), o donde uno es *el que hace* y el otro al que *le hacen* (Benjamin, 1988, 2004, 2012).

Para adentrarnos en esta forma de relación comenzaremos con Fairbairn (1952, citado en Shaw, 2014) quien elabora el concepto de *defensa moral*. Esta se refiere al mecanismo que realiza el infante al internalizar la maldad de los *objetos*, y así purgarlos de esta. Esto se puede describir con ejemplos típicos como el del niño que se siente culpable del abuso sexual perpetrado por un adulto, o el de la mujer que se siente culpable e incitadora de que su pareja la haya maltratado.

Esta defensa tiene su utilidad debido a la sensación de seguridad externa que entrega, ya que los *objetos* son buenos y confiables. En mi visión, agregaría un matiz: hay una sensación de control en la persona, ya que ella es la que provoca que sucedan las cosas y no es víctima de factores externos incontrolables. En esta dinámica la seguridad interna se ve profundamente dañada, ya que la maldad está internalizada.

El padre *traumatizador narcisista*¹⁴ (Shaw, 2014), pone al niño en esta posición. Es decir, como el padre no es capaz de tolerar maldad dentro de sí, esto es, equivocarse, dañar, debilitarse, etc. proyecta estos sentimientos en el niño: este es el que provoca, el que se equivoca, el necesitado, entre otras cosas. En esta situación, el niño se ve forzado a adoptar la *defensa moral complementaria* ya que depende del padre y la otra opción es desaparecer. Entonces, con la *defensa moral* el niño es el malo y tiene la culpa de lo que sucede: “Sentirse sin posibilidad de ser amado, no deseable, defectuoso, asqueroso, incapaz de elicitar amor—estas son las cicatrices psíquicas de la defensa moral” (p. 29).

Alberto se ve afectado justamente por esta sensación. Para él es imposible que alguien pueda amarlo y se juzga a sí mismo como indigno de amor y repulsivo. Desde una mirada superficial, esto se podría pensar como contrario a una personalidad narcisista. Este examen se sustenta en la conceptualización del narcisismo como amor hacia uno mismo, sin embargo, la patología narcisista es más bien disociarse de uno mismo, y vivirse en torno a la imagen. Así, para Alberto su self es repulsivo, pero su imagen adaptada a las necesidades y deseos de los otros, no.

Por lo tanto, Alberto se considera muy capaz de conquistar mujeres, justamente porque no siente que él participe de esta conquista. Lo que él percibe que hace es manipular al captar las expectativas de la mujer en cuestión y calzar con estas. En esta dinámica él siente que se está escondiendo, que logra burlar a la mujer, nadie lo ve, sólo perciben lo que él proyecta.

Entonces, cuando mi paciente siente que efectivamente se muestra y aparece, con toda su vulnerabilidad y sus fortalezas, no se siente digno de amor. No se puede imaginar cómo sería que alguien lo quisiera por lo que él es. Esta sensación tiene sus raíces en traumas vinculares arraigados y congelados en el paciente.

Shaw (2014) puntualiza que hay un trauma intergeneracional donde:

El padre traumatizador narcisista envidia y resiente el derecho del niño a la dependencia, y demanda, explícita o implícitamente, que el niño reconozca la validez exclusiva de las necesidades y deseos del padre—lo que por supuesto significa que el niño tiene que estar avergonzado de sus propias necesidades y deseos y tiene que verlos como el padre lo hace—como irrelevante, o como despreciable: por ejemplo, codicioso, egoísta, débil, una aberración moral. (p. 34).

Además el padre traumatizador narcisista se considera a sí mismo infalible y perfecto a través del mecanismo relacional de la *defensa moral*. A través de este mecanismo el padre puede proyectar todo lo *malo* (dependiente, débil, vulnerable) en el niño y, a su vez, este puede integrar a sí mismo estas características. Con esto, se produce la supresión de la subjetividad del otro, en este caso, del niño. Esto se realiza a través de ver solo sus necesidades como válidas y juzgar a las del niño como necesitado, dependiente y/o egoísta. Pero además, no puede soportar el no ser necesitado por el niño, por lo que también boicotará sus impulsos a la independencia.

Por supuesto esto es un doble vínculo perfecto (Bateson et al., 1956). Incapaz de ser nada más que dependiente, aunque aún queriendo independencia, el hijo del padre traumatizador narcisista está condenado de cualquier forma. Comienza a asociar dependencia con vergüenza y humillación, e independencia con rechazo y abandono. A menos que adopte la posición contra-dependiente, sin vergüenza, del traumatizador narcisista, vivirá, en vez de esto, en un estado post-traumático en el cual su sensación de maldad ineludible está cementada. (p. 35).

Shaw (2014) reflexiona que el niño no es reconocido cuando emerge su subjetividad y es premiado cuando es un objeto de los padres, entonces el niño no es querido como persona y su amor no es aceptado.

Como Fairbairn (1952) entendió, los niños recorrerán largas distancias para mantener a sus padres buenos, y como Winnicott (1965) entendió, ellos muchas veces se presentarán a sus padres como estos quieren que sean. Algunos de los niños criados por padres narcisistas se sienten incapaces de tener un sentido de validez además del intentar ser el objeto gratificante de otro. Desde esta posición el sentido de agencia personal y deseo queda atrofiado, reemplazado en cambio por ansiedad y resentimiento encubierto por satisfacer las demandas y expectativas de los otros. Estos niños y después adultos se convierten en personas orientadas a las sabidas y/o imaginadas percepciones de los otros, no a una voz interna confiable y propia. (p. 7).

Esta dificultad resulta muy familiar con Alberto. Como he descrito, mi paciente está orientado a ser un objeto de gratificación. Junto con esto, el surgimiento de sus deseos y voluntad propia han estado efectivamente atrofiados. Por ejemplo, en tanto a su elección de carrera, Alberto relata anecdóticamente cómo sucedió:

Él necesitaba inscribirse en alguna carrera y tenía dificultades con la elección. Quería estudiar música, pero una carrera más comercial lo ayudaría a independizarse rápidamente. Entonces decide tirar una moneda, es así como escoge su carrera comercial.

Avanzado en la psicoterapia, Alberto decide inscribirse en un curso de guitarra avanzado. Esto le implica el uso de su voluntad encaminado a lograr algo que quiere para él y que no tiene mayor utilidad. Esto es algo muy difícil para Alberto pero lo logra y con el tiempo llega a disfrutarlo, resultando muy relevante el poder poner su energía en algo tremendamente gratificante para él, e inútil al criterio de la producción.

Podemos pensar que en el proceso anterior, Alberto pasa de estar subyugado a la utilidad para los otros, a dar un espacio de reconocimiento a su deseo, pudiendo involucrar su voluntad en el logro de una actividad que tiene el propósito de disfrute. Como dijo Alberto: “esto no me sirve para el currículum, me sirve a mí”.

Para concluir la temática de la subyugación, me parece relevante tomar uno de los aportes de Jessica Benjamin (1990) quien desarrolla que el reconocimiento mutuo es el constructor de la intersubjetividad. Es decir el reconocimiento del otro como alguien válido en sí mismo al igual que uno mismo. La complementariedad es la polaridad de la intersubjetividad, en este caso no hay reconocimiento del otro como válido. En esta situación, la persona que no reconoce al otro, tampoco puede reconocerse a sí misma: “La teoría intersubjetiva postula que el otro debe ser reconocido como otro sujeto para que el sí mismo pueda experimentar completamente su subjetividad en la presencia del otro” (p. 35).

Es decir, para poder experienciar como sujetos, necesitamos darle al otro el reconocimiento de sujeto. De esta forma, cuando Shaw (2014) habla de un padre que sólo asume sus necesidades como válidas, podríamos pensar que tampoco esa persona está siendo reconocida, ni reconociendo sus necesidades más en profundidad. Por ejemplo, cuando Alberto ha tratado a una mujer como un objeto, le ha dado relevancia a su impulso, pero él mismo se siente ausente de la ecuación: cuando esa mujer lo acepta sexualmente, él no llega a sentirse reconocido y querido porque en primer lugar él nunca estuvo ahí y porque al no reconocer a esa mujer como

sujeto, tampoco ella le puede entregar ese reconocimiento. De forma análoga, podemos pensar que una posible consecuencia de que Alberto haya logrado reconocer su interés en la música como válido, es que logre reconocer en otros sus propias motivaciones, no ya como información para poder manejarse con esas personas, sino como una apreciación de la subjetividad del otro. Recursivamente, este reconocimiento de la subjetividad del otro le permitiría experimentar su subjetividad en la relación con los otros, y no ya una relación de subyugación.

Conclusiones

En este trabajo nos hemos internado en los mecanismos vinculares de la problemática narcisista. Primero visitamos a las dinámicas vinculares que posibilitan su existencia: el déficit en la especularización, la idealización, y la humillación de la necesidad y vulnerabilidad, con la consecuencia de la enorme dificultad de admitirse en necesidad de alguien. En segundo lugar, pudimos adentrarnos en las dinámicas vinculares que se han quedado arraigadas en el funcionamiento narcisista como lo son la utilización y la subyugación.

Podemos pensar que la dificultad de las figuras cuidadoras de relacionarse con ese infante como un sujeto en sí mismo, del cual pueden celebrar y dejarse sorprender por sus gestos y acciones espontáneas, tiene que ver con la aparición de las dificultades narcisistas. Como dice Winnicott (1967/1979) cuando no existe el reflejo materno adecuado, la persona comienza a buscar belleza en sí mismo basándose en criterios externos.

Luego de este rechazo o indiferencia hacia el verdadero self del infante, aparecen el rechazo hacia la vulnerabilidad y la necesidad junto con la idealización de otras características que sirven de sustento narcisístico para las figuras cuidadoras. Este rechazo a los aspectos necesitados y vulnerables encuentra varias explicaciones. Por ejemplo, siguiendo a Shaw (2014) tiene que ver con que ese cuidador necesita que solo se admitan sus necesidades como válidas, entonces avergüenza al infante cuando las expresa. Congruentemente Johnson (1987) reflexiona que estos cuidadores no pueden entregarle al niño lo que no les fue permitido a ellos en su propia infancia. También Miller (2009) remarca que por los propios problemas de los padres en relación a la necesidad y vulnerabilidad, humillan a los niños para de esta forma afirmarse en su poderío como adultos para evitar que irruman en ellos mismos esos sentimientos asociados a la vulnerabilidad. Por su lado Lowen (2000) también remarca el ejercicio de poder que hacen los padres sobre el niño, que lo deja más débil con lo que fácilmente cae en la manipulación de ser lo que el padre necesita que sea a través de ser considerado como especial por este. Así llegamos a la idealización. Podemos considerar que esta es un sustituto de la especularización adecuada, es decir, del reflejo del gesto que emerge desde la espontaneidad del infante. En vez de esto se remarcan algunas características que posee en algún grado el niño con el objetivo de hacer sentir mejor a los padres con respecto a sí mismos. Por ejemplo, la belleza de un infante puede ser utilizada para que los padres se sientan más bellos, más válidos.

Con estas vivencias interaccionales, la utilización y la subyugación quedan ancladas como las formas de relacionarse válidas para el narcisista. No hay un reconocimiento del sujeto como alguien en sí mismo con derecho a existir simplemente por quien es, en toda su complejidad. En vez de esto se utilizan sus cualidades como sustento, lo que implica que hay una relación de dominación o subyugación de una subjetividad sobre la otra.

De esta forma, pudimos adentrarnos en las dinámicas vinculares que hacen posible que exista una persona con un funcionamiento narcisista. En contraste, en otras explicaciones teóricas del narcisismo, emparentadas con Klein, se enfatizan factores constitucionales como exceso de envidia y oralidad destructiva. En estas la dimensión relación se relega a segundo plano.

Postulo que con estas premisas, precisamente, se tiende a reproducir la defensa moral que nos explica Fairbairn (1952, citado en Shaw, 2014): El paciente queda como portador de toda la maldad y los padres (análogamente los psicoterapeutas) como observadores que intentan hacer un buen trabajo a pesar de la dificultad inherente de atender a un narcisista.

Desde un enfoque relacional me parece de vital importancia que en el proceso psicoterapéutico se intente construir una relación sanadora para el paciente. Si en las raíces vinculares de la patología narcisista está la dificultad de las figuras cuidadoras de reflejar y reconocer al niño como un sujeto en derecho propio, me parece fundamental el poder reflejar y reconocer al paciente, y asumir cuando fallamos en este intento.

Notas

¹ Por funcionamiento narcisista, personalidad narcisista, dificultad o problemática narcisista, se va a comprender al resultado patológico producido por las fallas vinculares que no pudieron cumplir adecuadamente con las necesidades narcisistas normales del infante.

² Kernberg se sitúa dentro de la psicología del yo, junto a otros exponentes como Mahler y Jacobson. Sin embargo, es fuertemente influenciado por la teoría kleiniana de las relaciones objetales (Nos, 2011). Los adherentes a la psicología del yo, se basan en los últimos escritos de Freud, que descansan en la segunda tópica: yo-ello-superyó. Desde ahí explican el conflicto psíquico a partir de las dificultades entre estas instancias, o entre la realidad y alguna de las instancias (Yildiz, 2007).

³ Con personalidades, como se mencionó más arriba, se refiere al desarrollo patológico que se produce cuando no son atendidas adecuadamente las necesidades narcisistas normales del infante. Con personalidad no se quiere implicar algo permanente o estructural, sino un modo de funcionamiento que se comprende en matrices relacionales.

⁴ La conceptualización de self en la obra de Kohut es cambiante. En un inicio (1971/1989) se refería al self como estructura del aparato psíquico y como contenido del mismo, ambos referidos a la representación que se tiene de la propia persona. Luego (1977), alejándose de una visión estructural y acercándose a una visión fenomenológica, propone que el self es el centro del universo psicológico. Ya al final de su trayectoria (1984, libro póstumo) se inclinó aún más por considerar al self como la experiencia subjetiva que se tiene de uno mismo. Posteriormente, los psicólogos del self, se refieren a este desde la cualidad de la experiencia del sí mismo, definiendo la salud como el estado de vitalización del self, esto es, el sentirse a uno mismo integrado y cohesivo en el tiempo, vigorizado y vital (Fosshage, 2013; Sassenfeld, 2011)

⁵ Los selfobjetos son objetos que tienen la principal función de sustentar al self. De esta manera, no son objetos externos propiamente tales. La matriz selfobjetal, refiere, justamente, a este entramado que se produce entre el self y sus selfobjetos que puede propiciar el desarrollo del primero (Kohut, 1977).

⁶ Benjamin tiene una concepción de intersubjetividad distinta de Stolorow (2004), para éste es una precondición contextual y para Benjamin es un logro.

⁷ El psicoanálisis relacional y la psicología del self presentan varias diferencias. A grandes rasgos la psicología del self le da más peso al self del paciente y el psicoterapeuta aparece principalmente en las funciones selfobjetales generales; En cambio, en el psicoanálisis relacional, el vínculo entre esas dos subjetividades en particular: paciente y psicoterapeuta, cobra mayor relevancia (Berman, 1997; Fosshage, 2003; Hoffman, 1983; Mitchell y Aron, 1999; Mitchell, 1981; Serra, 2015; Stolorow, 2004).

⁸ Los datos presentados del paciente están modificados en su totalidad para resguardar la confidencialidad.

⁹ Es importante aclarar que para Winnicott el falso self en sí no resulta patológico ya que es adaptativo para convivir con otros acorde a las reglas sociales. Lo que sería dañino sería que éste eclipsara al verdadero self que quedaría sin espacio para existir.

¹⁰ Si bien en el texto se menciona muchas veces la expresión “la madre”, esto no quiere implicar que nos estemos refiriendo a la madre biológica, sino a la figura que cumple un rol materno, esto es, de contención y reflejo. Claramente esta función puede ser ejercida por hombres y mujeres, ya sean los padres u otros cuidadores.

¹¹ Desde las perspectivas relacionales actuales, podemos pensar que sería más claro hablar de sujeto, y no de objeto, cuando se dan estas características.

¹² Esto implica que pese a que, por ejemplo, el niño expresó concreta o fantaseadamente su rabia contra la madre, esta sigue viva y disponible para él. Esto repercute en que el niño pueda sentir que no es omnipotente, que hay otro que lo puede resistir y que, por tanto, existe aparte de él.

¹³ Al ser el otro un objeto independiente, las proyecciones sobre él empiezan a caer, aparecen los límites del objeto. Con esto el niño puede saber, por ejemplo para qué usar al otro y para qué no.

¹⁴ Concepto que utiliza el autor para referirse a la persona que al anular la subjetividad del otro lo traumatiza.

Referencias

- Aron, L. (2006). Analytic impasse and the third: clinical implications of intersubjectivity theory. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 87, 349–368.
- Benjamin, J. (1988). *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the problem of domination*. New York, US: Pantheon Books.
- Benjamin, J. (1990). An outline of intersubjectivity: The development of recognition. *Psychoanalytic Psychology*, 7, 33–46. doi:10.1037/h0085258
- Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to: an intersubjective view of thirdness. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73, 5–46. doi:10.1002/j.2167-4086.2004.tb00151.x
- Benjamin, J. (2012). El tercero. Reconocimiento. *Clínica E Investigación Relacional*, 6(2), 169–179.
- Benjamin, J. (2013). Thinking Together, Differently: Thoughts on Bromberg and Intersubjectivity. *Contemporary Psychoanalysis*, 49(3), 356–379. doi:10.1080/00107530.2013.10779254
- Berman, E. (1997). Relational Psychoanalysis: A historical Background. *American Journal of Psychotherapy*, 51(2), 185–203.
- Britton, R. (2004). Narcissistic disorders in clinical practice. *The Journal of Analytical Psychology*, 49, 477–493. doi:10.1111/j.0021-8774.2004.00479.x
- Castellá, R. (2004). El narcisismo como fracaso del conflicto estético: Apuntes desde la perspectiva postkleiniana. *Intercambios de Psicoanálisis*, 13, 31–35. Recuperada de: http://intercanvis.es/articulos/13/art_n13_05R.html
- Cohen, J. (2007). “I-not-I”: narcissism beyond the one and the other. En A. Gaitanidis y P. Curk (Eds.), *Narcissism: A critical reader* (pp. 31–46). London, UK: Karnac.
- Fosshage, J. (2003). Contextualizing Self Psychology and Relational Psychoanalysis. *Contemporary Psychoanalysis*, 39(3), 411–448.
- Fosshage, J. (2009). Some key features in the evolution of self psychology and psychoanalysis. *Self and Systems*, 1159, 1–18. doi:10.1111/j.1749-6632.2008.04346.x
- Fosshage, J. (2013). Forming and transforming self-experience. *International Journal of Psychoanalytic Self Psychology*, 8(4), 437–451. doi:10.1080/15551024.2013.825950
- Freud, S. (1980). Introducción al Narcisismo. En *Obras Completas (Vol. XIV)* (pp. 61–98). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914).
- Green, A. (1999). *Narcisismo de vida, Narcisismo de muerte*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Hoffman, I. (1983). The Patient as Interpreter of the Analyst’s Experience: The Resilience of the Blank Screen Concept. *Contemporary Psychoanalysis*, 19(3), 389–422.
- Johnson, S. (1987). *Humanizing the Narcissistic Style*. New York, US: W. W. Norton and Company, Inc.
- Kernberg, O. (1979). *Desordenes Fronterizos y Narcisismo Patológico*. Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- Klein, M. (1988). Los Orígenes de la Transferencia. En *Obras Completas (Vol. III)*, pp. 57–65). Buenos Aires, Argentina: Paidós (Trabajo original publicado en 1952).
- Klein, M. (1988). *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Barcelona, España: Paidós Ibérica (Trabajo original publicado en 1957).
- Kohut, H. (1966). Forms and Transformations of Narcissism. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 14, 243–272.
- Kohut, H. (1977). *The restoration of the self*. Chicago, US: University of Chicago Press.
- Kohut, H. (1984). *How does analysis cure?* Chicago, US: University of Chicago Press.
- Kohut, H. (1989). *Análisis del self: El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1971).
- Lachmann, F. (2008). *Transforming narcissism: Reflections on empathy, humor and expectations*. New York, US: Taylor & Francis Group.
- Ledermann, R. (1982). Narcissistic disorder and its treatment. *The Journal of Analytical Psychology*, 27, 303–321. doi:7141999
- Lowen, A. (2000). *El narcisismo: La enfermedad de nuestro tiempo*. Barcelona, España: Paidós Ibérica.

- Mahler, M., Pine, F., y Bergman, A. (1975). *The psychological birth of the human infant*. New York, US: Basic Books.
- Miller, A. (2009). *El drama del niño dotado: en búsqueda del verdadero yo*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets.
- Mitchell, S. (1981). Heinz Kohut's theory of narcissism. *American Journal of Psychoanalysis*, 41, 317–326.
- Mitchell, S. y Aron, L. (1999). *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition*. New York, US: Routledge.
- Morrison, A. y Stolorow, R. (1997). Shame, narcissism, and intersubjectivity. En M. Lansky y A. Morrison (Eds.), *The widening scope of shame* (pp. 63–87). New Jersey, US: Analytic Press.
- Nos, J. (2011). Entrevista al Dr. Otto Kernberg. *Temas de Psicoanálisis*, 2, 1–24.
- Ogden, T. (1977). *Subjects of Analysis*. Maryland, US: Rowman & Littlefield.
- Orange, D. (2014). *El desconocido que sufre: Hermenéutica para la práctica clínica cotidiana*. Santiago, Chile: Cuatro Vientos.
- Rosenfeld, H. (1964). On the psychopathology of narcissism: A clinical approach. *International Journal of Psychoanalysis*, 45, 332–337.
- Rosenfeld, H. (1971). A clinical approach to the psychoanalytic theory of the life and death instincts: an investigation into the aggressive aspects of narcissism. *International Journal of Psychoanalysis*, 52, 169–178.
- Russell, G. (1985). Narcissism and the narcissistic personality disorder: a comparison of the theories of Kernberg and Kohut. *The British Journal of Medical Psychology*, 58, 137–148. doi:4016018
- Sassenfeld, A. (2011). Afecto, vínculo y desarrollo del self. *Clínica e Investigación Relacional*, 5(2), 261–294
- Sassenfeld, A. (2012). *Principios clínicos de la psicoterapia relacional*. Santiago, Chile: SODEPSI.
- Segal, H. (1981). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- Serra, J. (2015). Tensiones teóricas en relación a Kohut: Una revisión crítica. *Clínica e Investigación Relacional*, 9, 206–230
- Shaw, D. (2010). Enter Ghosts: The Loss of Intersubjectivity in Clinical Work With Adult Children of Pathological Narcissists. *Psychoanalytic Dialogues*, 20, 46–59. doi:10.1080/10481880903559120
- Shaw, D. (2014). *Traumatic Narcissism: Relational Systems of Subjugation*. New York, US: Routledge.
- Stern, D. (1985). *El mundo interpersonal del infante: Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Stolorow, R. (2004). Autobiographical reflections on the intersubjective history of an intersubjective perspective in psychoanalysis. *Psychoanalytic Inquiry*, 24, 542–558.
- Stolorow, R. (2005). The Contextuality of Emotional Experience. *Psychoanalytic Psychology*, 22(1), 101–106. doi:10.1037/0736-9735.22.1.101
- Süskind, P. (1985). *El perfume*. Barcelona, España: Seix Barral.
- Winnicott, D. (1979). Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño. En *Realidad y juego*. Barcelona, España: Gedisa (Trabajo original publicado en 1967).
- Winnicott, D. (1979). El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones. En *Realidad y juego*. Barcelona, España: Gedisa (Trabajo original publicado en 1968).
- Winnicott, D. (1994). La distorsión del yo en términos de self verdadero y self falso. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Barcelona, España: Paidós (Trabajo original publicado en 1960).
- Yildiz, I. (2007). Psicología del Yo, Klein y postkleinianos y el grupo “independiente.” *Psicoanálisis (APC)*, XIX(1), 56–88.

Artículo recibido: 27/07/2015

Revisión recibida: 18/02/2016

Artículo aceptado: 23/02/2016